

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



# Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

# El Tío Wiggily y el Estanque de Lágrimas

El Tío Wiggily Orejaslargas, el simpático señor conejo, paseaba un día por el bosque, preguntándose qué clase de aventura viviría, cuando vio un caminito que se alejaba de su cabaña de troncos huecos y que parecía atravesar una parte del bosque en la que nunca antes había estado.

—Tomaré ese camino y veré a dónde me lleva —se dijo el señor conejo.

Así que, recogió un trozo de cinta de hierba que crecía cerca de un grupo de helechos, se ató firmemente a la cabeza su sombrero de seda, dejando las orejas asomando por los agujeros de la parte superior; y metiendo bajo la pata su muleta para el reumatismo, de rayas rojas, blancas y azules, que la Nana Jane Fuzzy Wuzzy, su ama de llaves rata almizclera, había roído para él de un tallo de maíz, el Tío Wiggily se puso en marcha.

Era un bonito y cálido día de verano, y antes de que el viejo conejito hubiera ido muy lejos empezó a sentir sed, igual que cuando vas de picnic y comes pepinillos, sólo que espero que no comas demasiados.

“Me pregunto si no habrá un manantial de agua por aquí”, pensó el Tío Wiggily, y empezó a mirar a su alrededor bajo las ramas bajas de los árboles y

arbustos, escuchando al mismo tiempo el murmullo risueño de un arroyo que fluía sobre piedras verdes y musgosas.

Entonces el Tío Wiggily olfateó con su rosada y centelleante nariz hasta que pareció una gallina recogiendo maíz.

—¡Ah, ja! ¡Huelo agua! —dijo el conejo. Pues ya saben que los animales y los pájaros pueden oler el agua cuando no pueden verla, para lo cual están más dotados que nosotros.

El Tío Wiggily olfateó y olfateó, y luego, sosteniendo su rosada y centelleante nariz frente a él y dejándola avanzar, en lugar de quedarse atrás, la siguió hasta que lo condujo directamente a un pequeño estanque de agua que brillaba al sol, mientras alrededor crecían verdes helechos musgosos y arbustos.

—¡Oh, qué bonito manantial! —exclamó el conejo—. ¡Y qué sed tengo!

El señor Orejaslargas, que es como yo lo llamo cuando se lo presento por primera vez a un desconocido, iba a beber un largo trago del estanque o manantial, cuando se fijó en un trocito de corteza de abedul blanco atado con un poco de hierba a un helecho que crecía cerca del agua.

“Me pregunto si eso es un aviso de no traspasar, o de no pescar o cazar, y de no acercarse a la hierba, o de no entrar excepto por negocios o algo así”, pensó el Tío Wiggily mientras se ponía las gafas para ver si había algo escrito en la corteza de abedul, que la gente de los

animales usa como nosotros usamos el papel. Y había algo escrito en la corteza. Decía:  
"Por favor, no saltes ni bebas hasta que yo llegue. Alicia del País de las Maravillas"

"Qué extraño. Alicia debe haber estado aquí y ha puesto ese cartel. Pero me pregunto por qué lo habrá hecho. Si supiera lo acalorado y sediento que estoy, no me haría esperar hasta que ella llegara para beber algo. Tal vez todo sea una broma y no sea su letra. Puede que uno de los



caimanes malvados o el zorro peludo hayan puesto el cartel para engañarme", pensó el Tío Wiggily.

Pero cuando el señor conejo echó un segundo vistazo al letrero de corteza de abedul vio que realmente era la escritura de Alicia.

—Bueno, alguna razón tendrá —dijo el conejo con un suspiro—. Soñó que dos niños gordos, Tweedledum y Tweedledee, me salvaban de los caimanes, así que debe tener alguna razón para pedirme que espere hasta que ella venga. Pero tengo mucha sed.

El Tío Wiggily se sentó en la orilla verde y musgosa junto al manantial y lo miró. Parecía tan fresca y húmeda, y él tenía tanta sed, que no pudo evitar desear

meterse en ella y darse un baño, además de beber todo lo que quisiera.

El sol calentaba cada vez más, y el señor conejo tenía cada vez más sed, y no sabía qué hacer cuando, de repente, de entre los arbustos saltó un viejo y malvado oso negro.

—¡Ah, ja! —gruñó el oso—. Ya veo que llego justo a tiempo—. Y se pasó la lengua roja por los dientes blancos como si le diera un paseo en cochecito de bebé.

—¿Justo a tiempo para qué? —preguntó el Tío Wiggily, despreocupado y fingidamente indiferente.

—A tiempo para comer —respondió el oso—. Temía llegar un poco tarde. Espero no haberte hecho esperar.

—¿Para mi almuerzo? —preguntó el Tío Wiggily.

—No. ¡Para el MÍO! —y una vez más el oso se relamió los labios como hambriento—. Llego justo a tiempo, por lo que veo.

—Oh, pensé que te referías a que estabas a tiempo de tomar un trago de esta agua —dijo el conejo, señalando el estanque—. Si lo hiciste, no lo estás.

—¿Si lo hice no lo estoy? ¿Qué forma de hablar es esa? —preguntó el oso, curioso.

—Quiero decir que no podemos beber hasta que venga Alicia; el cartel lo dice —dijo el Tío Wiggily cortésmente.

—¡Meh! No creo en señales —respondió el oso—. Tengo sed y voy a beber un trago —y dio un largo trago al estanque del bosque. Y entonces ocurrió algo curioso. El oso empezó a hacerse cada vez más pequeño.

Primero era del tamaño de un perro, luego de un gato, después de un gatito, luego se encogió hasta la

pequeñez de un ratón, y después era como un bicho de junio. Luego se convirtió en un bicho de julio, después no era más grande que una hormiguita negra, y finalmente se convirtió en un microbio, y el Tío Wiggily no podía verlo en absoluto.

—¡Menos mal que se ha ido! —dijo el conejo—. Pero, ¿qué le habrá hecho encogerse tanto?

—Es el estanque de lágrimas —dijo una voz detrás del conejo, y allí estaba Alicia del País de las Maravillas—. Este estanque es agua de alumbre agria, Tío Wiggily, y si la bebes, te encoges, te arrugas y vuelas por los aires. Por eso puse el cartel, para que no te pasara nada. Sabía lo del estanque, porque está en mi libro de cuentos. Y ahora podemos ir a vivir aventuras divertidas. Y se alejaron por las colinas, muy lejos y nunca más se volvió a ver a ese oso.